

TARDELCUENDE

Este nombre suena en mis oídos como una dulce evocación de optimista esperanza.

Es algo así como el recuerdo de una música consoladora, grata, con notas de recia fortaleza. Tardelcuende tiene para la rememoranza del pretérito la concreción de mi vida. Esperanzas, tristezas, amargas realidades, dulces días, que ahora, con ocasión de una fiesta agradable, van pasando ante el corazón como las imágenes de un cinematógrafo.

Son los años, cada vez más remotos, cada vez más tristes, en que yo convivía con los hombres sencillos del pueblo pinariego.

Al visitarlos hoy, he sentido el ramalazo del dolor en el corazón. No sé si era ventura o pesadumbre, pero creo que había una triste evocación y un grato recuerdo.

Están sus casas tan pobres como entonces; pardas como la tierra; pardas como el horizonte al rayar la sombra de la noche sobre los pomientos serenos.

Su río es igual. Igual a como yo lo conocí con un rielito de agua, clara, transparente.

Parece que no ha sufrido ni una ligerísima desviación en su curso, ni ha aumentado ni aminorado su ligero torrente de cristal.

Todo el pueblo conserva su rotunda apariencia de humildad y sobre la misma casa, pobre y misera de entonces,—un poco más amplia acaso,—la escuela.

Que bien suena en nuestra memoria el nombre de nuestra escuela, después de haber zozobrado tantas veces nuestras ilusiones, luego de haber visto las amarguras cara a cara, después de haberse sentido fuerte para luchar... ¡La escuela donde aprendimos a hilvanar las expresiones más delicadas de nuestro espíritu!

Cada cosa vieja de mi vida añorada iba dejando en mi alma el aletazo de la pena que lleva prendido el vuelo de una esperanza.

¡Vamos a ir al pinar. Aquí sí que podía hallar el rincón perdido, la tierra de quietud, el remanso silencioso que tiene un beso de paz para cada humano dolor y una bondad divina para cada dolor espiritual.

En este día inolvidable, bajo el sol de la meseta, frente a la presencia de un cielo azul, al amor de los pinares, me sentiré anegado de felicidad.

Y el olor de los pinos, el silencio de las umbrías, el recio fulgor del sol sobre los arroyos, el destello de las cum-

bres, esta plenitud de aromas y colores, anegarán mi corazón en una paz refinada, silenciosa, ebria de felicidad, serenísimas...

B. CALVO HERNÁNDEZ.

Avisador Numantino 23/06/1915